

MI MUERTE

Á. L. P. de P.

[*Nota bene.*— Los nombres de este relato son inventados; los hechos, en lo sustantivo, verdaderos.]

Anoche me telefoneó Gabri Parrales «el pequeño», como lo hemos llamado siempre; pequeño por su condición de hijo del gran poeta de la posguerra Gabriel Parrales, pero en realidad tiarrón de uno ochentaitantos y allá por las diez arrobos, y de edad muy próxima a la mía, así que provector. No llegué a tiempo de coger el móvil, pues lo tenía en otra habitación. Mientras trataba yo de devolver la llamada para ver qué quería el entrañable Gabri, él me llamó al fijo, que dio en sonar cuando yo aún estaba marcando. Salté de un teléfono al otro, descolgué, dije «quién es» y, casi sin pausa, oí una voz quebrada, que sollozaba exultante: «¡Entonces no estás muerto!».

Había llamado porque le acababa de asegurar Dalia, esposa del catedrático de una gloriosa universidad castellana Francisco P. de la Rosa, a la que se lo había dicho Ofelia Gamonal, profesora de las mismas aulas e hija de nuestro admirado poeta Enrique Gamonal, a la que, a su vez... etcétera, etcétera, que yo me había muerto. Taxativamente.

«Y no es solo por ti, sino por la acumulación, que es que llevo un mes imposible: después de lo de José Domingo de Suso, un verdadero santo, me cae como un rayo lo tuyo». Reconozco que me pudo la curiosidad, y le pregunté si se la notaba muy compungida a Dalia cuando le comunicó lo mío. «Mucho, te lo juro», me dijo. Cuando llamó a mi móvil, Gabri alentaba aún la esperanza de que le saliera mi voz y no la de uno de mis deudos; cuando lo hizo al fijo, ya se le había caído la esperanza al suelo.

Ante el alud de aseveraciones que habían dado por confirmado mi tránsito, confieso que me asaltó la duda de si acaso estuviera realmente muerto y la vida ultraterrena comenzara de tal guisa: oyendo la voz del pequeño Gabri Parrales, nada atiplada ni hermafrodítica, que es como yo imagino la de los serafines, querubines, dominaciones o potestades de la jerarquía angelológica de la que nos informa Pseudo Dionisio Areopagita; pero cuya candidez espiritual, ya que no su tono áspero y cazaloso, la hacen digna de

formar entre las voces blancas constituidas en coros celestes sobrevolando los pétalos de la Rosa Mística, en primera línea y con vistas inmediatas al trono divino.

Por si esa inocencia que digo no bastara para disipar mis dudas sobre su condición sobrenatural y mi estancia en el Paraíso, y al tiempo que él seguía hablando como entre nubes algodonas mientras yo ya no lo escuchaba, iba tomando forma en mi mente la idea de que su nombre de arcángel tenía que ser un signo de precisa interpretación: San Gabriel, un arcángel con el «san» de los santos, como San Miguel y San Rafael (algo que a mí siempre me ha parecido una degradación: como si a un general de división le colocaran en la hombrera la escarapela de un jardinero de La Granja). A mayor abundamiento, me acordé de un elogio que le oí decir de su padre, solo atribuible a alguien que formara en el tridente arcangélico de los ejércitos celestes. Ello es que un día el pequeño Gabri Parrales, que adoraba y admiraba a su padre el poeta a partes no sé si iguales, se desató criticándolo con algún desabrimiento, a propósito de ciertas asperezas en el trato con los hijos y alentado por unas cervezas de más, que para entonces se había quitado ya del güisqui; pero consiguió frenar a tiempo y enmendarse: «Y no deduzcas de lo que te he dicho que era un mal padre; al contrario: todavía me acuerdo de un consejo sin el que quizá hoy no estaría hablando contigo: “Gabri, no bajas las escaleras con las manos en los bolsillos; puedes darte un morrón”».

De todos modos, el propio Gabriel hijo parece que columbró lo que estaban devanando mis neuronas y, como para darme ánimos y convencerme de que yo todavía respiraba, me comentó que, antes de meter el dedo en la llaga llamándome al móvil, estaba «prácticamente» seguro de que seguía vivo (yo me lo imaginaba pinzando el teléfono entre la cabeza y el hombro para dejar libres las dos manos, con cuyos índice y corazón hacía con mucho entusiasmo los signos de las comillas, a ambos lados de su cabeza, en «prácticamente»). Y ello era así porque, para no meter la pata, había llamado antes a Ludovico Ragué, a quien suponía al tanto de mi estado por amistad, por cercanía física y porque aún funge de discípulo mío. Ragué, por cierto, no estuvo muy perentorio en su respuesta, si es que Gabri me la transmitió adecuadamente. La cosa es que Gabri no paró en distinguos, y con su interpretación de la respuesta de Ragué creyó haber zanjado el controvertido asunto, aunque a mí, la verdad, me reavivó las sospechas iniciales. «Macho, no veas el peso que me quitó de encima Ludovico en cuanto me dijo *que había hablado contigo el jueves y no te había notado nada*» (las cursivas son mías, y ayer era lunes).